

Las sombras inexistentes del aire

Antonio Gómez Rufo

Caía la tarde y a esa hora ya no hacía calor, pero aún así las gotas de sudor seguían resbalando por la frente de Juan Sturluson. Procuraba mantener la boca cerrada, pero a pesar de los esfuerzos sus labios resecos y cortados se le entreabrían continuamente, llenándose la garganta del polvo del camino. El sol, acosado por las sombras, se iba ocultando a su espalda, dejándose devorar por el lejano horizonte montañoso. Hubiera querido escupir un par de veces, pero la saliva se le había hecho de cemento y no le quedaba en la boca más que el sabor de la tierra, ni en los ojos otra visión que las sombras inexistentes del aire. Juan Sturluson llevaba diez días caminando hacia el sur y ya era el segundo sin probar bocado ni beber líquido alguno.

Atravesando la planicie, una meseta yerma hecha de desierto y pedregal, al atardecer, creyó ver a lo lejos una huella humana, unas tablas de madera, una edificación perdida en el arenal rodeada de polvo y piedra; pero Juan Sturluson sabía que era un espejismo, a los que tanto temía. Había oído hablar de ellos y conocía que aquello era el principio del fin. Cerró los ojos, tragó un poco de aire, se enjugó el sudor con el pañuelo y siguió andando sin querer ver las tablas que se cruzaban en su camino.

Patrizia Greens, en ese momento, pudo verlo desde la ventana de su habitación. Al atardecer solía sentarse junto a ella, a veces en el alféizar, mirando al norte, siempre al norte, esperando que un día alguien pasase por allí, alguien que recordara que por un descuido se había quedado en la vieja estación de ferrocarril y regresara para buscarla. La princesa Patrizia esperaba desde hacía dos años a un príncipe azul que, con el beso de su llegada, le devolviera a la vida.

Se frotó los ojos para asegurarse de que no estaba soñando, ni se trataba de un espejismo. Cuando vio aquella sombra, a lo lejos, se asustó pensando que podría tratarse de una alimaña hambrienta pero, poco después, al descubrir su verticalidad, buscó una nube en el cielo que la estuviese engañando con su sombra. Cuando por fin percibió con nitidez sus perfiles humanos, sintió una mezcla extraña de temor y pudor, de miedo y desamparo, pero sobre todo de duda: si acaso sería su príncipe o tal vez la muerte disfrazada de caminante. Tantas fueron las sensaciones que se adueñaron de ella que, de pronto, descubrió aterrada que sus piernas habían empezado a temblar. Aún así, fuera quien fuese, lo cierto era que se trataba de lo primero con aspecto humano que veía en dos eternos años y Patrizia Greens, deshaciéndose de sus fantasmas como mejor pudo, bajó a la intemperie, se apoyó en el quicio del portón y esperó, con los brazos colgando y una sonrisa en los labios, a que el príncipe se acercara, la besara en los labios y la llevara, otra vez, a la vida, al lugar del que nunca debió salir.

Juan Sturluson seguía sin creerse, mientras miraba, que en pleno desierto se estuviera acercando a una estación de ferrocarril, con aquellas vías dormidas sobre las traviesas, las traviesas nadando en la grava, el andén asomándose a las vías, sus edificaciones posadas sobre el andén y una chica, sonriendo estúpidamente, apoyada en el quicio de la puerta de uno de aquellos caserones derruidos de tablas carcomidas, depositados allí como por casualidad, desafiando con su presencia la

soledad de mil doscientos kilómetros de desierto y montes hambrientos. Juan Sturluson no lo creía: continuaba su camino indiferente y distraído esperando que desapareciera cuanto antes de sus ojos para poder ver algún accidente de la naturaleza que le permitiera refugiarse de la noche que se le estaba echando encima cada vez más rápidamente.

No quiso bordear el espejismo sino atravesarlo en línea recta, abrirlo para ahuyentarlo, como Moisés hizo con el mar Rojo. Lo que más le sorprendía, con todo, era aquella rubia disfrazada de tentación satánica burlándose de él. Antes que nada la haría desaparecer, o mejor, la convertiría en camello con un pequeño esfuerzo mental: para algo tenía que servir la mente en la manipulación de las fantasmagorías febriles. La miró fijamente y concentró todas sus energías en el deseo de convertirla en camello; la miró, trató de transformarla, lo deseó con todas sus fuerzas..., pero no lo consiguió. Pasados unos segundos sin cumplir sus propósitos, los olvidó y siguió caminando, tan indiferente como antes, para atravesar su espejismo por la mitad.

Patrizia Greens vio un pasmarote fatigado que se debatía por adelantar un paso tras otro sin darse cuenta de que iba a tropezar con las vías y a desparramar sus huesos por el suelo. Pensó que se rompería la nariz, y que la abultada mochila le aplastaría la cabeza al caerse. Aun así, aunque le interesaba verlo evolucionar en sus esfuerzos, y los músculos de la cara se le estiraban por la curiosidad, no dejó de mantener una mueca sonriente en la boca. Lo que más deseaba era causarle una buena impresión.

Se desconcertó un poco cuando él se la quedó mirando con tanta fijeza a los ojos, y aún más cuando de repente dejó de hacerlo y continuó como si no la hubiese visto, como si su presencia allí fuera tan normal como la de un cactus o un pedrusco. No entendía muy bien lo que estaba pasando y por su cabeza cruzó la idea de que, a lo mejor, se trataba de un espejismo y se portaba así porque los espejismos tienen que comportarse así. Nunca había sufrido ninguno; era lógico que no supiese cuál era su modo normal de comportarse. Y, sin embargo, parecía tan real... Llevaba las botas tan polvorientas que cualquiera hubiese dicho que eran blancas; sus pantalones estaban sucios, deshilachados y blanquecinos; la camisa, mojada por el sudor, se le pegaba a la piel y aparentemente tenía un color pardusco aunque, bien lavada, era muy probable que fuese azul; la mochila, enorme, castigaba su espalda encorvándole la columna vertebral; un sombrero vaquero, calado hasta las cejas, le daba un aspecto especial a su apariencia, más aún con la guinda de aquel pañuelo de cuadros blancos y azules mal anudado, colgante y holgado, alrededor del cuello. Su príncipe, aunque sucio, sin afeitado y disimulando mal sus apenas treinta años, podría pasar por un Gary Cooper en una película de John Ford después de un buen baño y un afeitado a conciencia.

Aunque su Gary Cooper era testarudo como él solo. Las estaba viendo. Las estaba viendo y Patrizia pensó que iba a rectificar. Pero no. Tropezó con la vía, se cayó de bruces sobre las traviesas y unas gotas de sangre empezaron a fluir por los orificios de su nariz. Patrizia Greens se asustó, corrió hacia él, conteniendo un grito con el ademán cinematográfico de taparse la boca, con las manos y le ayudó a incorporarse.

- ¿Te has hecho daño?

Juan Sturluson la miraba como si hubiese visto la sombra inexistente del aire. La miraba y callaba, mientras se palpaba groseramente la nariz. Estaba sentado en la vía, con los ojos abiertos y fijos en algún lugar del horizonte, con una mano apoyada en la grava y con la otra reconociéndose la nariz, por si aún permanecía ahí, en su sitio, entera. Tan sólo acertó a decir:

- ¡Qué porrazo, Dios mío, qué porrazo!

- ¿Te encuentras bien? -insistió ella mientras, tomando un pañuelo, le limpió la sangre.

Juan Sturluson continuaba con la mirada fija en el infinito. Y repetía:

- ¡Qué porrazo! Y ahora veo una rubia cuidándome en pleno desierto. ¡He perdido el juicio!

- ¿Estás bien? -Patrizia empezó a pecar de reiterativa en sus preguntas.

El hombre se incorporó como pudo, ignorando por completo la presencia de la chica. Con cuidado, como un astronauta en la luna cargado con su escafandra y desacostumbrado a otra gravedad, anduvo hasta el andén. Le pareció ver un banco de madera junto a una fachada, pero lo miró despectivamente y se sentó en el suelo a recobrase del golpe. Patrizia lo siguió desconcertada y, cuando lo vio dejarse caer, le indicó:

- ¿Por qué no te sientas aquí, en el banco? Estarás más cómodo...

Hizo como que no la oía y siguió en sus cosas. Se sacó la mochila como pudo, rebuscó en ella un trapo limpio y se lo pasó por la nariz un par de veces, hasta que dejó de sangrar. Dos gotas cayeron en el andén y formaron, al estrellarse contra el suelo, círculos estriados, como pétalos de rosa roja. Juan Sturluson se tumbó cuan largo era y se puso a mirar las estrellas de un cielo limpio y sin arrugas. La miraba sin ninguna sensación, pensando sólo en recuperar la lucidez y las fuerzas lo antes posible. Patrizia Greens se sentó en el banco, a escasos metros de él, y esperó a que dijera algo. Al principio mantuvo la mejor de sus sonrisas, pero poco a poco se fue enfriando, a medida que se iba impacientando ante la indiferencia de aquel patán que no parecía saber por dónde se andaba. Tal vez el golpe lo había trastornado, lo había sumido en un trance pasajero, quizá amnésico, y Patrizia se consoló con la duda y esperó un poco más para ver si se recuperaba.

Pasado un tiempo prudencial, y ante lo incómodo de la situación, pretendió ser amable.

- ¿Necesitas algo? ¿Quieres un poco de agua? ¿Algo de comer?

El herido, seguro de que su cordura se deterioraba a marchas forzadas, cerró los ojos y se negó a oír las tonterías con que el espejismo lo tentaba. Llevaba dos días sin comer ni beber y era lógico que el espejismo se manifestara de aquella forma.

Cerró los ojos, respiró hondo y rezó para que se le pasara cuanto antes el trastorno mental. Patrizia, ajena a las tribulaciones del visitante, quería agradecerle a toda costa y se puso a hablar, y a hablar, y cuanto más hablaba más se entusiasmaba y seguía hablando. Para él se trataba de un murmullo lejano, una sinfonía de grillos asediándole sin descanso. Y a ella, aún no estando segura de que el visitante no fuera un espejismo, le ilusionó pensar que, si lo era, a lo mejor lo convertía en realidad contándole su historia.

- Mi nombre es Patrizia..., Patrizia Greens...-empezó-, pero todo el mundo me llama Patty. Tú también puedes hacerlo..., si quieres.

Juan Sturluson no la miró. Ella espero unos instantes antes de continuar.

- Soy de Tupelo, Mississippi. Allí nací y allí viví con mi familia, mis padres y mis hermanos, ya sabes... Hasta que un día... ¡puf!, me cansé, me harté de todo... Cogí mis bártulos y me largué a vivir a Memphis.

Lo miró por ver si la escuchaba. Él solo se seguía limpiando la nariz y miraba el cielo, ajeno por completo al murmullo que provenía del aire de la noche. Y ella, sin darse cuenta de que no la escuchaba, continuó su relato.

- Estuve un tiempo desorientada, no creas... No sabía qué hacer, ni siquiera tenía dónde dormir. Hasta que se me ocurrió una idea genial: vendería recuerdos de Elvis, el rey... Y, ¿puedes creerlo? -rió-. ¡Qué éxito! En poco tiempo hice amigos, gané prestigio, conseguí una posición social... ¿Has oído? ¡Una posición social! Tenía dinero, amigos y libertad, podía hacer lo que me apeteciera en cada momento... Era fantástico...

Se incorporó y paseó en torno a él, recreándose en sus recuerdos y ensueños. Patrizia ya no lo miraba y él no la quería ver.

- Un día me invitaron a una fiesta, una fiesta un tanto original... Una fiesta de despedida a este trayecto del ferrocarril que iba a desaparecer... Y para celebrarlo, organizaban un viaje a través del desierto, más de mil quinientos kilómetros, en el último tren... Una fiesta especial, maravillosa, porque todos los invitados éramos gente distinguida, a ver qué te vas a creer... Sí, sí, de lo mejor. Lo recuerdo perfectamente... El champagne corría por los vagones, las botellas se descorchaban por aquí y por allá...; los mejores canapés, música de Elvis, fiesta continua desde el primer toque del silbato... Yo no estoy acostumbrada a beber y bebí demasiado... Tampoco me explico por qué acepté la invitación y tomé aquellas pastillas, aquellas drogas... Supongo que el deseo de aventura, una nueva experiencia, no lo sé, pero el viaje era tan bonito... No sé si tú lo habrás hecho alguna vez: era único, incomparable... Sin paradas intermedias, atravesando este precioso desierto... Y éste, precisamente éste, es el único apeadero que hay en las más de trescientas millas entre las dos estaciones más cercanas. El resto, ya lo sabes, polvo y arena. No sé lo que me pudo pasar. Yo había bebido más de la cuenta, claro, como los demás, como todo el mundo... El caso es que bajé a dar un paseo, una imprudencia creo yo, y debí de entretenerme porque cuando quise volver al tren lo vi en la lejanía, dejando su estela de humo blanco, perdiéndose por allá, por el horizonte... De esto hace... dos años, más o menos, no lo recuerdo con exactitud. Y menos mal que se trataba de un apeadero porque si no ya habría muerto. Mira... Allí hay un depósito de agua enorme, que además se rellena con agua de lluvia de vez en cuando...

Un agua riquísima que se mantiene fresca y no coge sabor a polvo ni nada. Y, allí, en aquella casa, hay un almacén con miles de latas de comida, jabón, chocolate y otras muchas cosas. Supongo que estaba ahí para atender cualquier emergencia... Desde luego ha sido una suerte dentro de lo que cabe, porque así he podido sobrevivir, aburrida, eso sí, esperando a que alguien viniera a buscarme.

Bueno, esperándote a ti, claro, que eres el primero que pasa por aquí. Porque tú vienes a por mí, ¿verdad? Claro, qué tonta soy... A qué vas a venir, si no... Ya, ya lo sabía... No te recuerdo muy bien pero tú debes de ser amigo de Ronny, ¿verdad?, ¿o de Billy? Es igual... De todas maneras muchas gracias por venir a buscarme... Claro que para ser sincera te esperaba de otra manera, no sé, en un tren, o en un coche al menos... Porque no sé cómo vamos a irnos de aquí, tan lejos de todo... Pero no importa... Iremos como quieras. Si supieras cuánto he soñado con este momento... ¡Si supieras! Venías de noche, como un príncipe, y me llevabas en brazos otra vez a Memphis, a ver a los chicos, junto al recuerdo de Elvis... Si supieras...

Patrizia Greens se quedó mirando el cielo estrellado, suspirando, con una boba sonrisa petrificada en el rostro, soñando que, por fin, su sueño se había cumplido. Juan Sturluson no quiso ni mirarla. Le había parecido una bonita historia para un vulgar espejismo y miró alrededor para ver si, efectivamente, veía el depósito del agua y el almacén de alimentos enlatados. Y así era: allá, a la derecha, un enorme cilindro gris se erguía hacia el cielo, con un grifo cerca del suelo, que goteaba; y al fondo, tras el andén, una puerta entreabierta dejaba ver enormes pilas de latas de comida formando columnas hasta el techo. En realidad era un espejismo perfecto, se dijo. Un espejismo con chica y todo. Para ser el primero no estaba mal, pensó para sus adentros.

Pero tenía que continuar su camino. No podía perder más tiempo allí, entretenido con su espejismo. La nariz le había dejado de doler y, a pesar de que seguía viéndolo todo igual, creyó sentirse mejor y supuso que continuar la marcha le devolvería la lucidez y la cordura. Se incorporó, cargó con su mochila y, ante la mirada atónita de Patrizia, echó a andar en busca de algún refugio en el que pasar la noche.

- Pero, ibueno...! -protestó ella- ¿Es que te vas?

Él no contestó. Se alejó, hacia el sur, siguiendo su marcha lenta, fatigada e insegura.

-¡Oye, tú! -gritaba Patrizia-. ¿Me vas a besar o no? ¡Eh! ¿No me oyes? ¡Eh! ¡Tú eres el príncipe! Tú eres...

Juan Sturluson no tenía calor, pero las gotas de sudor empezaban a resbalar otra vez por su frente, mientras tragaba polvo y tierra, a pesar de que procuraba mantener la boca cerrada. Al poco, tal y como había supuesto, el espejismo se había esfumado, su lucidez era plena y dejaron de perseguirle las sombras inexistentes del aire. Unos metros más allá encontró dos enormes rocas que le parecieron perfectas para pasar la noche. Se moría de sed pero vio nubes en el cielo y supo que, a medianoche, llovería por fin.

Patrizia Greens, en la estación, sola y desconcertada, lloró amargamente porque pensó que estaba volviéndose loca y le había contado su vida a un espejismo.

Desde entonces, cada noche, un ruido lejano que se acerca por el norte y se escapa por el sur le trae un tren que, sin detenerse en el apeadero, sigue su camino a toda velocidad. Algún día se parará y entonces Patrizia subirá a él, volverá a Memphis y seguirá vendiendo recuerdos de Elvis, el rey, porque el príncipe, por mucho que fuera un espejismo, sólo le había dejado sobre el andén huellas de sudor y dos gotas de sangre que las sombras inexistentes del aire le robaron al amanecer.